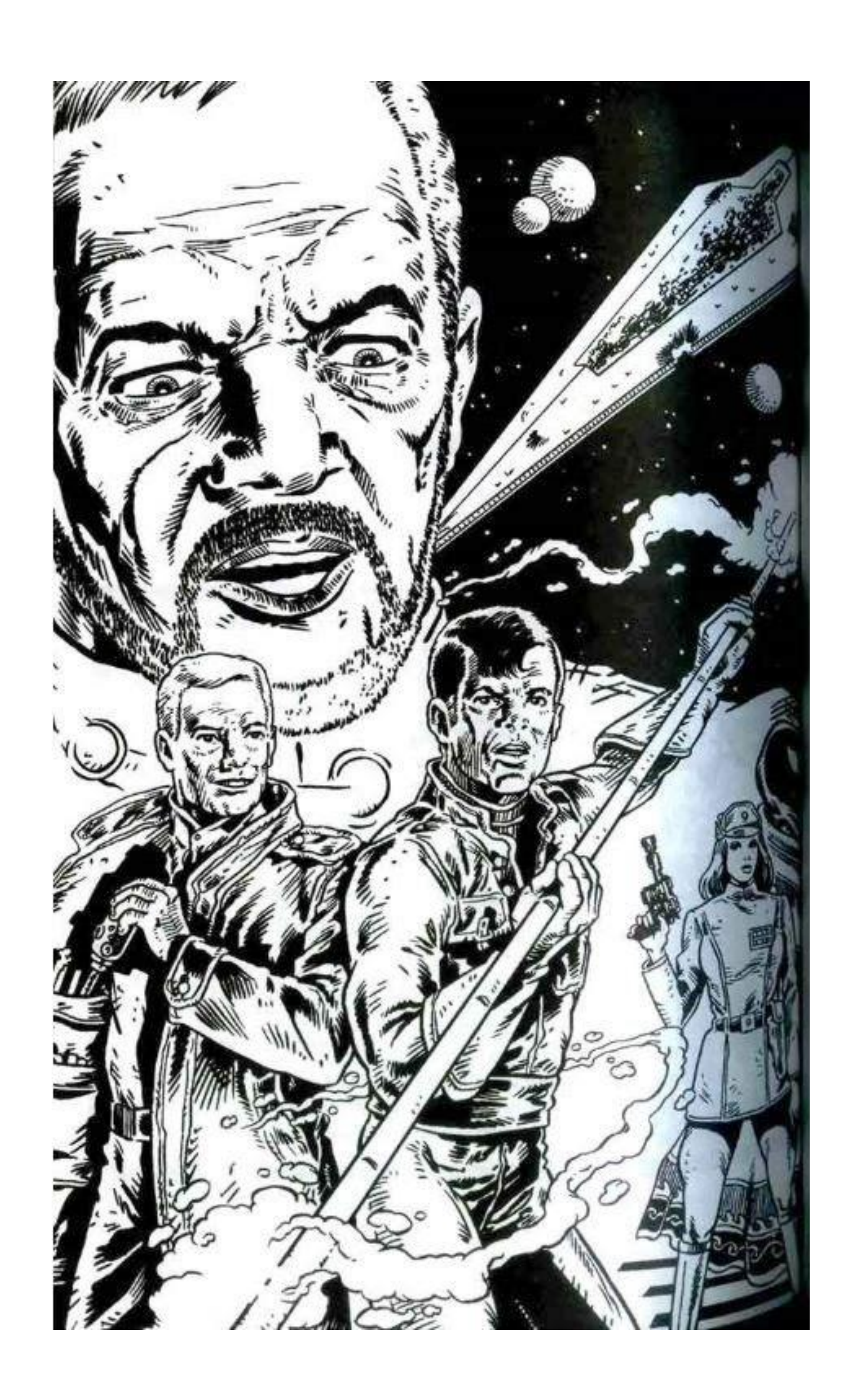


Sienn Sconn acompaña a su tío Cryle Cavv en una misión para robar un destructor estelar para la Nueva República.



Dos por uno

Paul Danner



Título original: *Two for One*

Autor: Paul Danner

Ilustraciones: David Day

Publicado originalmente en *Star Wars Adventure Journal 15*

Publicación del original: nobiembre 1997

17 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Edición digital: Bodo-Baas

Versión 1.0

14.11.13

Base LSW v2.0

Declaración

—¿Quieres que te ayude a robar un Destructor Estelar? —dijo Sconn, con un tono de voz excesivamente elevado.

Después de lanzar una furiosa mirada llena de reproche a su sobrino, Cavv examinó rápidamente la muchedumbre congregada en el Cargas Ligeras. La mayor parte del grupo de aspecto desaliñado estaba ocupado con sus propios negocios turbios y no prestaba la menor atención a la pareja. Un rodiano particularmente feo de la mesa contigua les miró por un instante y luego continuó su propia conversación. Sin embargo, el compañero del rodiano, un pequeño mixtwirk, había girado disimuladamente sus antenas en dirección a ellos.

Cavv se inclinó hacia él y cerró la mano firmemente agarrando los apéndices auditivos del mixtwirk.

—Si quieres seguir teniendo estas cosas pegadas al cuerpo, te sugiero que las apuntes a otra parte, amigo.

El pequeño alienígena graznó furioso a Cavv, quien respondió apretando más fuerte.

El rodiano se recostó en su asiento, aparentemente apartándose del conflicto. En realidad, la mano del alienígena estaba deslizándose hacia su pistolera.

Sconn mostró una sonrisa al rodiano y lentamente negó con la cabeza. Los bulbosos ojos del alienígena siguieron la mano de Sconn mientras este se recogía la manga. El láser de muñeca oculto debajo apuntaba directamente al pecho del rodiano.

Cavv soltó una risita.

—Creo que es hora de que os marchéis de aquí, muchachos.

El pequeño alienígena trinó indignado.

—Porque soy el dueño de este sitio —respondió Cavv, soltando su presa—. Y ya que esta ha sido vuestra última comida aquí, la casa invita. Os sugiero que empecéis a mover los pies fuera de aquí antes de que se agoten mis reservas de altruismo.

El mixtwirk pareció considerar la conveniencia de replicar algo, pero luego se lo pensó mejor e hizo un gesto al rodiano para que se fueran.

Cavv volvió a sentarse en su silla.

—Bueno, ¿dónde estaba?

—A un paso del Hogar del Viajero Espacial Jubilado —dijo Sconn.

—Hilarante, sobrino. A menudo me he preguntado si era el único de nuestra familia con sentido del humor. Ahora sé seguro… que sí lo soy.

—Bueno, hay una cosa que nunca he encontrado ni pizca de graciosa… la muerte. —Sconn hizo un gesto de rechazo con la mano—. Y lo que estás proponiendo es un suicidio.

—Dijiste que ayudarías.

—Eso es porque cuando me pediste que te ayudase a «adquirir» una nave para la República, olvidaste mencionar que iba a ser un Destructor Estelar Imperial.

Cavv parecía haber encontrado algo muy interesante en el suelo a lo que mirar.

—O bien el fantasma del Emperador acaba de materializarse bajo nuestra mesa, o hay algún otro detalle interesante del que no me has hablado.

Cavv volvió la mirada a su sobrino.

—Bueno, técnicamente, esta nave no es un Destructor Estelar.

—Gracias a la Fuerza por los pequeños favores.

—Es más bien un Super Destructor Estelar.

Sconn no pudo decir ni palabra. Su boca se abrió ligeramente, pero no salió ningún sonido.

—Lo prometiste —dijo Cavv con su mejor sonrisa—. Y por lo que he oído, Sienn Sconn siempre mantiene sus promesas, ¿verdad? Como dice el viejo dicho devaroniano, *Incluso un loco puede descubrir que…*

Sconn rápidamente levantó un dedo en el aire para interrumpirle.

—De acuerdo. Tú ganas. Haremos que nos maten. Pero no empieces con esos malditos refranes.

***

Sconn se revolvió incómodo en su asiento. Un problema con los gobiernos recién establecidos es que sus líderes aún piensan como los revolucionarios que una vez fueron. En la Alianza, nadie malgastaba recursos en comodidades materiales, por lo que ni siquiera un distinguido general tenía sillas acolchadas en su oficina. A Sienn Sconn le gustaban esos detalles… disfrutaba de la buena vida. Desgraciadamente, por el modo en que estaba hablando el general Airen Cracken, la vida de Sconn estaba a punto de cambiar para mal. Muy mal.

—… se estima que el complemento de tripulación restante del Super Destructor Estelar *Guardián* en 250.000 efectivos, de los cuales unos 40.000 son combatientes entrenados —decía el general como si tan sólo estuviera pidiendo pormork asado en el restaurante espacial de la esquina. Eso ponía extremadamente nervioso a Sconn.

Cryle Cavv le miró fijamente y pudo adivinar por la expresión de su sobrino que Sconn estaba vagando por el hiperespacio. Le propinó un sutil pero contundente codazo en las costillas.

El general continuó:

—Sólo podemos tener una estimación de la fuerza del armamento y los escudos de la nave, pero estamos seguros de que el hipermotor está temporalmente fuera de servicio.

Cavv asintió.

—Según recuerdo, el *Guardián* sufrió bastantes daños en Tantive V antes de poder escapar.

—Creemos que ese fue el último salto que hizo. —El general bajó el tono de su voz—. El *Guardián* sigue todavía ahí fuera, en alguna parte, golpeado y herido. Esperándonos.

Sconn alzó su dedo índice.

—Cuando usted dice «nosotros», ¿a quién se está refiriendo exactamente?

—¡Sobrino!

Cracken sonrió.

—Una pregunta válida, Cavv. Hablo metafóricamente de la República, y más concretamente de la Unidad de Adquisiciones Especiales de la Nueva República.

Sconn se animó un poco. La UAE. Eso empezaba a sonar muy profesional. Luego el ladrón se dio cuenta de algo.

—Nunca he oído hablar de esa unidad.

—Eh… —Cracken fijó su mirada en la pared opuesta—. Es de reciente creación.

Sconn arrugó la nariz.

—¿Cómo de reciente?

—Hace sólo unos minutos.

—Oh, bueno, como mi tío siempre dice —Sconn miró significativamente a Cavv—: *A garral regalado no le mires los dientes; es probable que te arranque la cabeza de un mordisco.*

Cavv se aclaró ruidosamente la garganta.

—¿Exactamente quién dirige esa unidad? —preguntó Sconn.

Cracken hizo una pausa, y luego señaló con aire teatral. A Cavv.

—Un legendario especialista en adquisiciones.

—¿Y su equipo?

—Una unidad veterana compuesta —hubo otra pausa antes de que el general finalmente dijera— por ti.

—Yo —replicó Sconn. Añadió esperanzado—: ¿Alguien más?

—No.

Sconn inspiró profundamente por la nariz y se acomodó en su asiento. Lo intentó, al menos. Era como sentarse en una roca al rojo.

Cavv junto las puntas de sus dedos.

—Después de todos estos años, ¿cómo habéis encontrado este hallazgo?

—Suerte, en realidad. Algunos de nuestros droides sonda se han encontrado con varias lanzaderas de clase *Lambda* que aparecían en sistemas controlados por el Imperio solicitando piezas para reparar el hipermotor de una gran nave capital. Ha hecho falta escarbar un poco y ha costado mucho tiempo, pero la investigación posterior reveló que las lanzaderas eran parte de la dotación del *Guardián*. —Los ojos de Cracken brillaron como si estuviera reviviendo el momento—. La nave se encuentra extremadamente vulnerable al ataque y su potencial captura. Conseguir un Super Destructor Estelar intacto sería uno de los mayores golpes en la historia de la Nueva República. Sé que no será tarea fácil.

—No me digas —murmuró Sconn.

—Por desgracia, debido a los esfuerzos de la INR para descubrir quién se encuentra detrás de los misteriosos atentados terroristas con bombas por todos los sectores del

Núcleo, no tengo demasiado personal ni naves disponibles. Y, por supuesto, primero hay que localizar el *Guardián*.

—Eso es más fácil hacerlo que decirlo —dijo Cavv haciendo un gesto de desdén con la mano.

—Creo que ese lo has entendido al revés, tío.

Los ojos de Cavv casi estaban brillando. Sconn reconoció esa mirada.

—Mis fuentes, y son bastante fiables, han descubierto que tendrá lugar un encuentro clandestino dentro de menos de una semana en el planeta Vohai del sector Parmel. Está previsto que una lanzadera clase *Lambda* se encuentre con el afamado Unirail de Vohai en la Estación Sensyno.

A Sconn no le estaba gustando nada todo eso. El rostro de Cracken estaba ocupado por una sonrisa perturbadoramente similar a la que estaba mostrando su tío.

—Burgo Teage, un ruin tratante del mercado negro, va a reunirse con los ocupantes de la lanzadera para cerrar cierto trato en el que unos componentes del hipermotor de una nave capital juegan un papel bastante importante. —Cavv alzó las cejas y se recostó en su asiento con un gesto totalmente teatral.

Cracken ya se encontraba pulsando el panel intercomunicador de su escritorio.

—Gerind, voy a necesitar dos billetes para el próximo viaje del Unirail de Vohai.

Cavv colocó la palma de su mano en el hombro de Sconn, sacudiendo jovialmente a su sobrino.

—Buenas noticias, muchacho. Te vas de vacaciones. Con tu tío favorito, nada menos.

—Eres mi único tío —le recordó Sconn.

—Es curioso que menciones eso. ¿Sabes? Los rodianos tienen un curioso dicho acerca de la familia y el favoritismo…

El general Cracken trató valientemente de mantener la seriedad en su rostro mientras Sconn conseguía hundirse aún más en su silla.

***

—Bienvenidos a bordo del transporte expreso SV-45 de Translineas Corellianas con destino a Vohai —dijo una voz con un tono culto y cuidadosamente cultivado—. Soy Duran Har, su capitán. Siéntense, relájense, y disfruten del viaje. Si hay algo que podamos hacer para hacer más agradable su viaje, usen el botón de llamada a su derecha, y uno de nuestros asistentes estará con ustedes de inmediato. —El capitán continuó entonces con una descripción abreviada de Vohai y el resto de planetas del sector Parmel.

Sconn puso los ojos en blanco con fastidio cuando el robusto StarSpeeder 3000 saltó al hiperespacio.

—Uno pensaría que la gente de Cracken podría haber encontrado algo menos turístico.

Cavv alzó la vista de su tableta de datos.

—No queremos levantar ninguna sospecha. Y no lo olvides, de ahora en adelante llámame Burgo Teage.

—Déjame adivinar, yo soy tu encantador ayudante.

—Correcto. Salvo por lo de encantador. —Cavv volvió a mirar su tableta de datos y dijo—: Gronk.

—¿Perdón?

—Gronk. —Cavv comenzó a reírse—. Ese es tu nombre. Gronk.

A Sconn no le hacía ni pizca de gracia.

***

Sconn alzó la mirada a la estrecha vía del unirail a través de la claraboya de transpariacero.

—¿Algo va mal? —preguntó Cavv.

—El hecho de que estemos a unos dos kilómetros sobre la superficie colgando de un cable super-conductor que no parece capaz de soportar el peso de un wookiee, y mucho menos de 46 vagones.

—Tranquilo. Hasta la fecha el Vohai tiene un historial de seguridad perfecto.

—Sí, bueno, hasta la fecha *nosotros* no habíamos montado en él.

Estaban sentados en el nivel superior del coche restaurante/casino, sosteniendo en sus manos copas aflautadas de vino renano. Su mesa, ubicada en una esquina, ofrecía una excelente vista de los turboascensores que bajaban a la parte del vagón que servía de casino.

Sconn comprobó su cronómetro.

—Tranquilo, sobr… —Cavv frunció los labios—. Quiero decir, Gronk. Aún queda algo de tiempo hasta que nuestro invitado haga su incursión de cada noche en las mesas de apuestas. Y no está previsto que lleguemos a la Estación Sensyno hasta dentro de otra hora. —Dejó que su mirada vagase hasta la ventana cercana. Las nubes se habían aclarado un poco y el cielo nocturno se desplegaba a su alrededor. Grupos de brillantes luces parpadeantes en el horizonte marcaban la ubicación de algunas de las ciudades de Vohai—. Tómate un momento para disfrutar de la espectacular vista, saborea tu vino, deléitate en los sencillos placeres del instante. —Cavv alzó su copa en un brindis.

—Pensé que te habías retirado para hacer precisamente eso.

—Lo hice. Pero esta era una misión que no podía rechazar. Así que me des-retiré. —La voz de Cavv cobró una cualidad distante—. Estamos en un negocio muy extraño, sobrino. Robas una cartera, y te meten en la cárcel. Le robas la esposa a un hombre, y consigues que te dejen la nariz sangrando. Pero si robas algo lo bastante grande, te haces famoso. ¡Un Super Destructor Estelar! Esto nos convertirá en los ladrones más grandes que jamás hayan vivido.

—O moriremos en el intento —dijo Sconn secamente, agitando los restos de su vino en la copa y tomando después un trago.

—¿Sabes? No has hecho otra cosa que mostrarte pesimista desde que empezamos este viaje.

—Tal vez porque no quiero morir.

—Todos morimos, sobrino. Es el orden natural de las cosas.

—No tengo ningún deseo a ayudar a que ocurra. Y en este momento parezco estar en el carril de avance rápido hacia el Gran Más Allá.

***

—Allá va —dijo Cavv en voz baja.

Sconn alzó la vista para ver a un herglic con un carísimo traje de seda finamente confeccionado que avanzaba torpemente hacia los turboascensores.

—Parece que Burgo ya se escora un poco —advirtió Cavv—. Eso es bueno.

Sconn torció el gesto.

—¿Cómo puedes saberlo con todas estas sacudidas? En realidad está en buena forma.

—Sólo si tu definición de ejercicio incluye fuertes flexiones de codo para levantar la jarra a sus labios, o al equivalente herglic de los labios.

Cavv y Sconn observaron a Teage entrar al turboascensor, ocupando casi todo el espacio disponible en el proceso. El único otro pasajero, un desafortunado ithoriano, se encontró intimando con la pared lateral de la cabina.

Cavv miró a Sconn.

—Tengo una idea.

—Obviamente, es el lado oscuro de la Fuerza en funcionamiento.

—Voy a mostrarme amigable con Burgo, dejarle que gane una o dos manos de sabacc, dejarle inconsciente a base de Quemaduras Solares de Tatooine, y asegurarme de que quede bien encerrado en alguna zona de almacenamiento poco transitada.

—¿Estás seguro de que esos impes no saben que Burgo no es humano? Incluso con las capas de seda, no creo que puedas hacerte pasar por un herglic —dijo Sconn—. Bueno, no sin añadir al menos unos cuantos kilos.

—Aunque estoy casi seguro de que echaré de menos tu ingenio afilado como un sable de luz, ¿por qué no haces algo útil y vas a comprobar la preciada carga de Burgo? —Cavv se puso en pie, ajustándose las ropas—. ¿Crees que serás capaz de hacer eso?

—¿Un pequeño allanamiento básico? —La voz de Sconn tomó un tono sarcástico—. Oooh, no sé, es bastante difícil. —Sconn terminó el resto de su vino de un solo trago—. Estoy seguro de que me las apañaré bastante bien, amo Burgo. Pero gracias por preguntar.

***

Sconn quedó sorprendido por lo fácilmente que se abrió la puerta. Justo cuando la pregunta asomó a su mente, la respuesta le asaltó.

Más exactamente, dos grandes puños musculosos salieron despedidos hacia él y le agarraron de los hombros. Al instante siguiente, salía lanzado por la suite y se encontró volando, pasando sobre el lujoso mobiliario hasta chocar contra la pared opuesta.

La mente de Sconn se esforzaba en centrarse en lo que estaba ocurriendo, pero seguía atascada en *Ay. Ay. Ay. Ay.*

Al otro lado de la habitación, un corpulento reigat cerró la puerta del pasillo. Desenganchó una vibrohacha de aspecto extremadamente desagradable del arnés que cruzaba su ancha espalda mientras se volvía hacia Sconn y comenzaba a cruzar la sala. Los reigats eran una especie bastante grande, pero eran realmente imponentes cuando uno se encontraba mirándoles desde una posición tumbada en el suelo.

—Debes de ser Gronk —adivinó Sconn.

El reigat sonrió de modo afirmativo, mostrando una hilera de dientes y largos colmillos afilados.

—Y tú debes de tener ganas de morir, pequeño humanoide. Bailaré sobre tu cadáver.

Sconn se puso torpemente en pie y lentamente alcanzó el mango plateado sujeto en su cinturón.

—¿Quieres bailar, grandullón?

La empuñadura se deslizó en la palma del ladrón con la familiaridad de una vieja amante. Un rápido giro la extendió en ambas direcciones, completando la súbita transformación en una vara de un metro de largo. Sconn hizo un rápido movimiento con su dedo, y los extremos crepitaron con energía aturdidora azul.

—De acuerdo, sígueme el paso.

***

—… y entonces el hutt lo piensa por un microsegundo y —Burgo soltó un estremecedor eructo— dice: «No sé si me gusta, ¡pero me llevaré dos más de todas formas!»

Cavv echó atrás la cabeza y soltó una tremenda carcajada ante el chiste de Burgo, dejando caer buena parte de su bebida por el suelo.

El herglic vibraba divertido por su propio chiste. Burgo tomó un sorbo de su Quemadura Solar de Tatooine y con cierto esfuerzo consiguió no caerse de su taburete.

—Ese es bueno —dijo Cavv secándose los ojos.

El herglic terminó su Quemadura Solar con un poderoso trago y dio un golpecito a Cavv en la espalda con una aleta temblorosa.

—Me caes bien… no sólo apestas jugando al sabacc, también disfrutas de los buenos chistes herglic.

En realidad, a Cavv se le escapaba la gracia por completo, pero no era el momento de discutir por ese asunto. Había un viejo dicho quarren: *Cuando tienes al pez-brillo en el anzuelo, no lo mates con cháchara. Simplemente golpéale en la cabeza con un buen garrote.*

Cavv hizo un gesto al droide camarero detrás de la barra, pidiéndole otra ronda de Quemaduras Solares. Estaba asombrado de que Burgo aún pudiera hablar después de media docena de copas de la potente bebida. Con pequeños juegos de manos, Cavv había logrado verter disimuladamente el contenido de sus copas en plantas cercanas. De todas formas, un herglic borracho no era el público más difícil de engañar de la galaxia.

Burgo rodeó la copa con una aleta y comprobó su cronómetro entrecerrando los ojos y meneando la cabeza como si tratara de aclarar su visión.

—¿Tienes una cita? —preguntó Cavv con aire inocente.

—No lo recuerdo muy bien —dijo Burgo, y entonces irrumpió en una carcajada—. ¡Espero que ella sí lo recuerde!

Cavv se unió a la risa de buena gana, y luego hizo ademán de tambalearse al ponerse en pie.

—Vamos, me aseguraré de que regresas a tu camarote con todo mi dinero intacto. —Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro conspirador—. Tengo entendido que muchos ladrones hacen estos viajes sólo para caer sobre pobres tipos inocentes.

Burgo se puso en pie y trató de responderle con un guiño cómplice, pero sólo consiguió cerrar ambos ojos y casi se cae. Cavv rodeó con un brazo al gran herglic, y la pareja avanzó tambaleándose hacia los turboascensores.

Mientras entraban torpemente, Cavv sonrió para sí mismo. Hasta ahora, esta misión era pan comido. Y era él quien tenía la tarea difícil.

Sconn probablemente estaría cómodamente aposentado en la suite de Burgo. Típico. Últimamente, su sobrino bueno para nada siempre estaba durmiendo en el trabajo.

***

Sconn se encontraba efectivamente en posición horizontal, pero no por elección propia, cuando su cuerpo golpeó contra la pared. De pronto el mundo del ladrón se volvió vertical de nuevo y su cabeza golpeó el suelo alfombrado del vagón de pasajeros. Antes de poder darse cuenta, ya estaba otra vez orientado horizontalmente. Su cuerpo las estaba pasando canutas para seguir los rápidos cambios de posición, ocupado como estaba por el exceso de información procedente de diversos receptores de dolor.

Mientras Sconn se levantaba sobre sus manos y rodillas, Gronk se acercó para terminar el trabajo. La vibrohacha trazó un arco sobre su cabeza, soltando un destello cuando la fatídica hoja comenzó su descenso.

Desde su posición tumbada en el suelo, Sconn rodó hacia delante, justo entre los gruesos troncos que conformaban las piernas del reigat. Había espacio de sobra para que pasara el ladrón agazapado, sin embargo su vara aturdidora extendida golpeó contra la ingle y la entrepierna del alienígena.

Gronk rugió de dolor. El hacha mordió el suelo y se quedó allí encajada cuando los dedos del reigat soltaron la empuñadura.

Sconn terminó su voltereta y se levantó en postura preparada para la lucha.



—¡Vamos! —rugió desafiante el ladrón. Pulsó el pequeño interruptor, cambiando la carga completa de la vara a una única punta palpitante.

El matón reigat se volvió, con los ojos inyectados en sangre como turboláseres sobrecargados a punto de explotar. Gronk dejó el hacha donde estaba y simplemente dirigió sus poderosas piernas en una furiosa carga.

El ladrón estaba preparado, balanceando la vara aturdidora con ambas manos. La punta crepitante del arma golpeó en la dura cabeza del reigat. Una fuerza irresistible se encontró con un objeto inamovible.

Un relámpago chisporroteante precedió a una cegadora lluvia de energía almacenada al liberarse, y la vara de Sconn se rompió en dos mitades irregulares. El confuso ladrón miró los restos de su adorada arma en el suelo y luego otra vez al reigat.

Una amplia sonrisa dividió en dos el feo rostro de Gronk. Dio un amenazador paso hacia delante… y se derrumbó en el suelo. Gimió una vez y quedó completamente inmóvil.

Sconn dejó escapar un sonoro suspiro de alivio y se derrumbó contra la pared adyacente a la suite de Burgo. Los ojos se le cerraron.

Cuando finalmente volvió a abrirlos, Cavv estaba de pie junto a su sobrino, con los brazos en jarras.

—Lo sabía —murmuró—. Bueno, no te quedes ahí sentado, sobrino. No estamos de vacaciones, ¿recuerdas? —Sconn continuó con la mirada perdida—. Mete a tu amiguito al armario para que podamos ordenar este sitio y prepararnos para nuestra reunión.

Sconn lentamente alzó la mitad rota de su vara aturdidora y comenzó a hacer algunos caprichosos cálculos de anchura, longitud y profundidad.

***

—Atención, señores pasajeros. Estamos a punto de llegar a la Estación de Unirail de Sensyno. Nos detendremos brevemente a repostar. Se sugiere a los pasajeros que aprovechen esta oportunidad para estirar las extremidades entumecidas. Siéntanse libres de explorar la tienda de recuerdos y otras maravillas de la recién reformada…

—Oh, cierra esa bocaza —gruñó Sconn a la unidad de comunicaciones. El ladrón se estiró en el sofá y miró su cronómetro—. Llegan tarde, tío. No me gusta.

Cavv terminó de comprobar las tres grandes cajas apiladas contra la pared opuesta y tomó asiento en la robusta mesa de replimadera. Pasó la mano por la superficie con aire ausente, como si apartara imaginarias motas de polvo.

—Necesitas calmarte, Sconn. A este paso no vivirás para cumplir cien años.

Sconn se frotó los hombros, todavía dolorido por su encuentro con el reigat, y rio sin ganas.

—¡Ja! A este paso no viviré para ver cómo se curan estos cardenales.

Antes de que Cavv pudiera responder, llamaron fuertemente a la puerta. Dos golpes. Muy secos. Muy imperiales.

Los dos ladrones intercambiaron una mirada cómplice.

—Comienza el espectáculo —dijeron al unísono.

***

Burgo estaba recobrando la consciencia. Estaba cansado, confuso, y ante todo tenía mucho, mucho frío. Con un empujón de su tremendo peso, la cerradura del refrigerador de marisco cedió y la puerta se abrió de par en par. El herlic se puso en pie, haciendo que no pocos cocineros aterrorizados salieran huyendo de la cocina del vagón comedor.

Burgo no recordaba mucho de las últimas horas. Ahora mismo sentía que su cabeza era el lugar de paso preferido en el itinerario de viaje de un rebaño de banthas salvajes. De hecho, todo lo que sabía era que necesitaba volver a su suite y dormir durante un buen rato. (O al menos hasta que el rebaño de banthas terminase su paseo por su cráneo.) Si tan sólo pudiera recordar donde estaba su habitación…

Rebuscó en sus bolsillos con una aleta y sintió un pequeño fragmento rectangular de plástico. Burgo extrajo la tarjeta llave, que tenía impreso el número de su suite. El herglic sonrió y salió de la unidad de almacenamiento.

***

El primer imperial, un espécimen de humano con ojos malévolos, deslizó la nota de crédito sobre la mesa. Cavv advirtió que los dedos del hombre temblaron ligeramente; después de todo, era mucho dinero.

Cavv comprobó en silencio la cantidad y asintió satisfecho. Hizo un gesto por encima del hombro, y Sconn abrió servicialmente la primera caja para su inspección. El segundo

imperial metió su ancha nariz, que mostraba señales obvias de haber sido rota en más de una ocasión, en el contenedor para examinar el contenido.

Después de unos tensos instantes, el segundo imperial quedó satisfecho y asintió secamente a su compañero.

Cavv apenas podía resistirse mientras llevaba la mano hacia la pistola aturdidora de su bolsillo. *Esto parece demasiado fácil*, pensó.

La puerta de la suite se abrió de golpe y, por un brevísimo instante, el tiempo se congeló.

Burgo se encontraba allí de pie con aspecto algo confuso, con la tarjeta llave aún en su aleta.

Cavv maldijo la maldita fortaleza de los herglic.

Los imperiales se quedaron boquiabiertos.

Sconn se preguntó por qué su tío no le había robado simplemente la tarjeta llave a Burgo, para empezar.

Entonces, con un dramático gemido, el armario donde habían introducido a Gronk se volcó por el peso muerto y el matón reigat se desplomó en el suelo.

—¡Burgo! —gritó Cavv sin darse cuenta.

—¡Gronk! —dijo el herglic.

—¿Burgo? —exclamaron los imperiales al unísono.

—Urrr —gruñó Gronk.

Y entonces todo el mundo comenzó a disparar.

***

—Bueno —dijo Cavv mientras se limpiaba el sudor de la frente—, no hay duda de que podía habernos ido mejor.

—Eso es una forma de decirlo. —Sconn echó un vistazo a la carnicería que se había formado en la sala y meneó la cabeza—. ¡Es genial! Sin los impes, no tenemos a nadie que nos lleve hasta el *Guardián*.

Cavv se aclaró la garganta y cruzó los brazos.

—Soy un piloto bastante bueno, ¿sabes?

—Tal como nos están saliendo las cosas, lo más probable es que nos lleves directos a un agujero negro. —Sconn puso su bláster de muñeca agotado en modo de recarga y se apoyó pesadamente sobre una de las cajas, que se encontraba ahora completamente cubierta de marcas de bláster—. Voto por abandonar esta misión estúpida, volver a casa y emborracharnos con whisky corelliano.

—Siempre nos queda la «Estrategia de Endor», sobrino.

—No, gracias, soy alérgico al pelo de ewok.

—No vamos a ir realmente a Endor (a veces me pregunto en qué vertedero láser obtuviste tu cerebro), vamos a seguir los pasos de algunos de los mayores Héroes de la Rebelión y…

—¿Morir de forma horrible?

—No. Colarnos en la guarida del vornskr disfrazándonos de vornskr.

Sconn cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me niego a ser los cuartos traseros de nuevo.

—Oye, si hicieras caso a mis indicaciones en lugar de ser tan testarudo, nunca te habrías caído en esa piscina de Lady Jalaka.

—No podía oír nada con ese ridículo disfraz. Si no hubieras estado tan empapado en brandy savareen para darme indicaciones coherentes, nunca habría pasado. Y no importa lo buena que sea la fiesta, no es divertido pasar toda la velada mirándote el…

—Concéntrate en la tarea actual —interrumpió Cavv—. El hecho es que tenemos un trabajo importante que hacer y que vamos a hacerlo. Sin importar lo que cueste.

—Hablando de costes, aún no me has dicho cuánto nos van a pagar por esta empresa absurda.

—¿Cuánto?

—Sí. Me refiero a «créditos». Como «más vale que sea mucho». Como «más de lo que me pueda imaginar».

Cavv quedó unos segundos en silencio. Luego dijo:

—Nada.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Bueno, está el salario habitual como miembro de la UAE. Más el plus de peligrosidad.

—¿Qué? ¡No formo parte de ningún grupo de operaciones de la Nueva República!

—Técnicamente…

—No —dijo Sconn secamente—. Ya me han dado antes el discurso de reclutamiento, así que ahórrate la saliva.

—Entonces no recibirás ninguna compensación en absoluto —dijo Cavv encogiéndose de hombros—. Piensa en ello, sobrino. Si esto nos sale bien podrías ser un oficial de rango.

—No me importa el rango ni el dinero. No quiero una cosa y ya tengo más de lo que necesito de la otra. Soy un ladrón que ha excedido su vida útil. La galaxia le ha gastado una broma irónica a Sienn Sconn. He robado lo suficiente para ser feliz en esta vida, pero mi vida todavía no es feliz.

—Es por eso que ahora cuando robo lo hago con un propósito. Adquirir cosas para una causa. Una buena causa.

—Sigue siendo un medio para un fin. He malgastado la vida buscando algo que ahora me doy cuenta que nunca he querido siquiera. Me he convertido en el apestoso rico desocupado al que solía robar.

—¿Es eso lo que realmente piensas? ¿Qué todo ha sido para nada?

—Para nada realmente valioso.

—Es curioso que pienses así. El valor es una medida subjetiva. Puede que la Comisión de Regulación Galáctica establezca la tasa de cambio para los créditos, pero lo

que realmente es importante para nosotros sólo podemos decidirlo nosotros. —Cavv sonrió ligeramente—. Por eso pretendo terminar esta misión.

—Entonces morirás.

—Tal vez muera. Pero al menos habré muerto intentándolo.

—No hay nada por lo que valga la pena morir.

La mirada de Cavv se perdió en la distancia.

—Tal vez no debería haberte traído conmigo.

—Un hombre solo no puede marcar la diferencia.

—Tal vez no, pero sin ese primer hombre que plante cara, nunca habría un segundo, un tercero o un cuarto. Todo el mundo empieza solo.

—Algunos de nosotros terminamos solos.

—Sólo estamos atrapados en las prisiones de nuestras propias mentes.

—¿Y qué legendario filósofo alumbró ese sinsentido? —preguntó Sconn con sarcasmo.

—Yo. —Cavv suspiró—. Vete a casa, sobrino. Creía que esta misión te vendría bien, pero veo que estaba equivocado. Te deseo la mejor de las suertes en cualquier camino que decidas seguir.

Cavv obtuvo el código de control de la lanzadera del imperial muerto y abandonó lentamente la suite.

—Que la Fuerza te acompañe, Sienn.

Sconn se quedó allí, de pie entre los silenciosos muertos.

***

Cavv hizo una pausa para ver cómo el Unirail partía de la Estación Sensyno y luego avanzó hacia la lanzadera espacial clase *Lambda*. El viejo ladrón se detuvo en la sombra de la gran aleta dorsal. Usó el código de control para hacer bajar la rampa de acceso y entró en la nave. Sus pasos eran pesados y tenía los hombros caídos.

Supo que algo iba mal tan pronto como entró en la cabina. Incluso antes de que la figura sentada en la silla del copiloto, un borrón de gris imperial, se volviera hacia él.

Cavv trató de sacar su bláster de mano, aunque probablemente ya fuera demasiado tarde. *Se suponía que sólo debía haber dos de ellos*, divagó su mente.

—Nadie debería morir solo —dijo Sconn, mirándole desde la silla de mando. Su sobrino vestía un uniforme imperial y, para variar, parecía medianamente respetable—. Ni siquiera un viejo bantha testarudo como tú.

Cavv todavía sonreía cuando Sconn dio la vuelta a su silla y murmuró:

—En lugar de quedarte ahí como un gotal con la mandíbula floja, ¿por qué no haces algo útil y accedes al ordenador de navegación? Así cuando saltemos a la velocidad luz puede que realmente acabemos este viaje junto a cierto Súper Destructor Estelar en vez de en medio de algún sol. Aunque, pensándolo bien, no estoy muy seguro de cuál de las dos cosas sería peor.

***

El *Guardián* acechaba gigantesco al otro lado del parabrisas principal de la lanzadera. Incluso en su ruinosa condición actual, el Súper Destructor Estelar era una vista impresionante. De hecho, la superestructura marcada por la batalla parecía aún más amenazadora por su capacidad de sobrevivir a semejantes heridas.

La poderosa nave de guerra imperial avanzaba en una torpe órbita alrededor de un gran mundo verde azulado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Cavv.

—En lo más remoto del Borde Exterior. Qué apropiado —dijo Sconn señalando la pantalla—. Ese de ahí es el planeta Soullex. —Comprobó las lecturas de sensores—. Hay tres guarniciones prefabricadas en la superficie. Bueno, eso debería limitar un poco la dotación de la nave… con 10.000 abajo, sólo quedarían unos 100.000.

El comunicador zumbó, resonando por la cabina.

—Creo que es para ti —dijo Sconn—. Sabes, van a reconocer a sus camaradas. Y nosotros no somos ellos.

—Envíales un mensaje de texto. Estamos teniendo un problema con nuestro sistema de comunicaciones.

La respuesta llegó rápidamente.

—Dicen que no hay ningún fallo —informó Sconn.

Cavv disparó un par de veces con su bláster a la unidad de comunicaciones de la lanzadera.

—Ahora sí.

Sconn leyó la pantalla.

—Recibido. Quieren que nos mantengamos a la espera y ellos remolcarán la lanzadera al interior.

—Estamos dentro, sobrino.

—Por desgracia —respondió Sconn. La lanzadera se sacudió ligeramente bajo ellos cuando quedó atrapada en el agarre del rayo tractor del *Guardián*—. ¿Y ahora qué?

***

—La lanzadera ha llegado, almirante —informó el oficial de puente por el comunicador—. Pero ha habido un pequeño problema.

Gaen Drommel levantó la mirada de su novela y obsequió al comandante —Drommel no podía recordar su nombre en ese momento— con una gélida mirada.

El almirante dejó calmadamente el libro antiguo sobre su escritorio, y el pesado volumen encuadernado en cuero crujió al posarse sobre el brillante plastiacero.

—¿Me falla la memoria, comandante, o di órdenes específicas de que no se me molestase?

La imagen del embobado comandante parpadeó por un instante en la pantalla y luego desapareció por completo. El almirante pasó un dedo enguantado por el panel de control y abandonó en silencio sus aposentos.

***

La cubierta de mando del *Guardián* estaba en silencio, toda una hazaña teniendo en cuenta la cantidad de gente que ocupaba el amplio espacio. Drommel cruzó la cubierta con sus calculadas y largas zancadas habituales hasta encontrarse cara a cara con el oficial inferior.

—Ha desobedecido mi orden.

—Mis disculpas, almirante. Simplemente supuse que usted querría…

—*Nunca* suponga, comandante. Sabe lo que ocurre con aquellos que suponen, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió rápidamente el comandante, pero no parecía seguro de que esa fuera la respuesta correcta.

Se escuchó una crepitante detonación. El comandante cayó al suelo pulido. Muerto.

—¿Lo ve? Ha vuelto a suponer. Y le acababa de decir que no lo hiciera. —Drommel deslizó el bláster humeante de vuelta a su funda y barrió con la mirada al resto de la tripulación del puente congregada—. ¿Todo el mundo ha aprendido la lección de hoy?

Nadie habló.

—Bien —asintió Drommel, pasando como si tal cosa por encima del cadáver—. Ahora, ocupémonos de esa lanzadera.





Cavv gruñó mientras intentaba introducirse en la armadura de soldado de asalto.

Sconn alzó una ceja. El ladrón más joven ya se había vestido, salvo por el casco que se quedó firmemente encajado tan pronto lo deslizó en su sitio. Sconn casi se había arrancado su propia cabeza tratando de quitarse esa cosa, y no tenía demasiadas ganas de repetir el claustrofóbico incidente.

—¿Es normal que el traje corporal sobresalga así entre las placas de armadura?

—¿Sobrino?

—¿Sí, tío?

—Cállate.

Después de una retahíla de maldiciones corellianas y algo de ayuda de Sconn, Cavv logró entrar en la armadura.

Cavv se miró a sí mismo y meneó la cabeza.

—¿Cómo consiguen usar estos tíos la unidad sanitaria?

—Tal vez no lo hagan. Eso explicaría por qué están siempre de tan mal humor.

Sconn tomó una de las carabinas bláster.

Cavv comprobó la carga del paquete de energía del arma e indicó a su sobrino que continuara. Ambos hombres tomaron sus cascos…

Justo cuando la pesada puerta blindada se abrió de pronto y un brillante droide plateado se quedó mirando la sala de suministros.

Hubo un momento de silencio, y entonces el droide gritó alarmado:

—¡Intrusos! ¡Espías! ¡Impostores! ¡Disident…!

El resto quedó amortiguado cuando Sconn tapó con una mano el chillón vocalizador y tiró del atónito droide hacia el interior.

***

Drommel observaba mientras el equipo de técnicos estaba inclinado sobre la lanzadera. Su expresión permanecía neutral pero después de lo pasado con el comandante nadie quería acercarse demasiado a él.

El almirante concentró su atención en uno de los técnicos inferiores que se esforzaba en un compartimento ventral. El enjuto oficial estaba tratando de abrir a la fuerza la escotilla de acceso. Después de una serie de fuertes empujones, el obstinado compartimento se abrió, dejando caer dos cuerpos sobre el desafortunado técnico. Ambos individuos llevaban únicamente su ropa interior gris. Un juego de ropas civiles y un uniforme imperial desechado formaban un revoltijo a su alrededor.

El personal médico, que esperaba diligentemente hasta ser necesitados, se acercó rápidamente para hacer un diagnóstico.

—Están vivos, pero seriamente aturdidos.

Drommel asintió y entonces dirigió su atención al técnico jefe. El hombre señaló los tres contenedores que estaban siendo cargados en un trineo repulsor.

—Parece que toda la carga está aquí, señor.

El almirante le miró fijamente.

—Pero volveré a comprobarlo para estar absolutamente seguro —añadió apresuradamente el técnico jefe.

Drommel no pudo reprimir una ligera sonrisa. El miedo era extremadamente efectivo para mantener el orden; era una lección que había aprendido de Tarkin. El almirante se consideraba a sí mismo algo más que un simple estudiante de la naturaleza humana. Era cierto que había aprendido de grandes hombres, pero, aún más importante, Drommel había aprendido de los errores que estos habían cometido. Y ciertamente no iba a repetir esos errores tan estúpidos.

Niovi, el coronel de tropa, comenzó a ladrar órdenes al escuadrón de soldados de marina allí reunidos.

—Los intrusos deben ser encontrados. Alerten a todas las estaciones para comenzar una búsqueda en todas las cubiertas. Tenemos mucha nave que cubrir…

—Cancelen esa orden. —Drommel se dirigió hacia el hombre excesivamente entusiasta—. Únicamente estamos buscando a los dos primeros soldados de asalto que tuvieron contacto con esta lanzadera. Ellos serán nuestros impostores, así que encuéntrenlos y deténganlos.

—¿Soldados de asalto, señor? —preguntó el coronel.

El almirante alzó una única ceja.

—A menos que alguien vea a dos personas desnudas corriendo por la nave. En ese caso, deténganlas también.

***

Sconn apuntó el cañón de su carabina bláster directamente a la cara del droide.

—Comencemos desde el principio, ¿de acuerdo?

—Saludos. Soy CT-EX, relaciones cibernéticas-humanas.

—¿Qué tal si te llamamos simplemente Teequis? —preguntó Cavv.

—Como deseen. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Eso depende —dijo Cavv—. ¿Qué tal conoces esta nave?

—¿De qué nave estamos hablando?

—De esta en la que estamos encima —saltó Sconn—. Dentro. Lo que sea.

—Puede que no sea adecuado por mi parte decirlo, señor, pero está usted equivocado. Esto no es ninguna nave.

—¿Entonces dónde estamos, exactamente?

—Aquí. —El droide ladeó la cabeza ligeramente—. ¿Quiere que le proporcione las coordenadas espaciales exactas?

—¿Así que admites que estamos en el espacio?

—Por supuesto que no. Si eso fuera cierto, ustedes ya habrían implosionado. —Hubo una ligera pausa y entonces el droide añadió—: Cabezahueca.

Sconn parpadeó una vez. Dos veces.

—¿Qué acaba de decir?

—No estoy seguro de haberle escuchado correctamente —dijo Cavv, tratando de no sonreír.

—Repite lo que has dicho —ordenó Sconn al droide.

—Lo que has dicho.

Sconn comenzó a apretar el gatillo. Cavv apartó el cañón y estudió a su prisionero mecánico.

—Espera, creo que tengo una idea.

—¿Incluye un detonador termal? —preguntó Sconn, lanzando una furiosa mirada al droide plateado.

Antes de que Cavv pudiera contestar, Teequis intervino.

—Por supuesto que no. Eso abriría un agujero enorme en esta nave. —Pausa—. Pastor de nerfs.

Sconn aún trataba de atrapar al droide mientras Cavv le empujaba hacia la puerta.

—Tal vez deberías quedarte montando guardia hasta que hayamos terminado aquí.

***

Sconn saludó con la cabeza a una patrulla de soldados de asalto que pasaba, y luego se colocó en una rígida posición de firmes. La armadura le daba calor, el casco era pesado, y no le apetecía a jugar a los soldaditos. El ladrón añoraba los buenos viejos tiempos en el Bar Binario, bebiendo, intercambiando trolas y mirando mujeres hermosas. Allí fue donde conoció a Shandria; era una agente de la Alianza huyendo de los imperiales. Siempre había tenido debilidad por una cara bonita, pero ella era mucho más.

Sconn meneó la cabeza, recordando uno de los refranes de su tío. *Si pasas mucho tiempo mirando hacia atrás, puede que no veas el gigantesco agujero que tienes delante.*

La puerta blindada se abrió, interrumpiendo sus pensamientos. Teequis salió y se marchó sin decir palabra. Cavv salió justo detrás de él, dando una palmadita en el hombro acorazado de Sconn.

—Tenemos que hablar.

Cavv los condujo a un grupo de turboascensores. El dúo entró en la primera cabina y descendió aún más en las entrañas del *Guardián*.

***

—¿A dónde vamos?

El casco de Cavv siguió mirando directamente al frente.

—Oh, esto no me va a gustar en absoluto, ¿verdad?

—Bloque de Detención 220.

—¡Cuando Tatooine se congele! —Sconn detuvo su descenso y se enfrentó a su tío—. ¿Has perdido la cabeza por completo?

—Teequis me dijo que hay prisioneros de la Nueva República a bordo. Vamos a rescatarlos.

—¿Qué? Esto es ridículo. Si por un asomo de pura suerte realmente conseguimos robar esta maldita nave, quedarán libres de todas formas. Mientras que ir al bloque de detención para orquestar una fuga obstaculizaría seriamente nuestros esfuerzos. ¡Especialmente si nos capturan!

—Tenemos una obligación…

—No empieces con eso de nuevo. Escucha, tío, un ladrón con conciencia es como… como un droide de protocolo grosero. Inútil. Ineficaz.

—Tienes mucho que aprender de la vida, Sconn. Esperaba que esta misión te abriera los ojos al respecto. Hay un mundo más grande a tu alrededor.

Sconn clavó un dedo enguantado en el pecho acorazado de Cavv.

—Tú no eres Obi-Wan Kenobi. Ciertamente yo no soy Luke Skywalker (soy mucho más atractivo), y no me importa si la Reina Princesa de la Galaxia está prisionera aquí, no vamos a ir a un bloque de detención bajo ninguna circunstancia. —Sconn hizo una pausa momentánea, imaginándose la cara que estaría poniendo su tío bajo el casco—. No lo digas.

—Entonces lo haré yo solo.

Sconn soltó un gemido.

—De verdad, de verdad que te odio. Lo sabes, ¿verdad?

***

El jefe de técnicos se cuadró y saludó.

—Los repuestos han sido comprobados, señor.

—Comiencen las reparaciones del hiperimpulsor de inmediato. Triplique su grupo de trabajo si es necesario, pero que nadie duerma hasta que el trabajo esté terminado. —Drommel miraba al planeta bajo ellos a través del ventanal de transpariacero—. Avisen a los comandantes de las guarniciones. Con un poco de suerte nos iremos pronto de este sistema de tres al cuarto. —Sus ojos volvieron a clavarse en el técnico—. ¿Cuánto tardaremos en poder probar el hiperimpulsor?

—La mejor estimación serían como mínimo 48 horas, almirante.

—Entonces debemos estar en marcha en 36. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

El técnico giró sobre sus talones, ladrando a su equipo las órdenes del almirante.

Drommel se unió al coronel Niovi, que estaba supervisando la cercana estación de comunicaciones.

—¿Alguna noticia sobre nuestros fugitivos?

—Aún no ha habido contacto, señor.

—Quiero que se les encuentre.

—El coronel Eijul es optimista al respecto.

—Él estará entre las primeras cosas que remodele en esta nave en cuanto regresemos al espacio imperial —dijo Drommel mientras caminaba a grandes zancadas hacia el turboascensor. Niovi se esforzó en seguir su ritmo—. Eijul tendría dificultades localizando los intrusos aunque se dirigieran directamente a un bloque de detención y se entregasen.

***

Las puertas del Bloque de Detención 220 se abrieron deslizándose, y el oficial de guardia les echó una mirada con poco interés. El hombre de uniforme negro continuó introduciendo datos en su consola, suponiendo que los dos soldados de asalto eran parte del grupo que buscaba a los dos soldados de asalto… ¡que eran impostores!

El oficial de guardia alzó la cabeza de golpe justo cuando la culata de una carabina bláster completaba su arco descendente. El campo de visión del hombre saltó de pronto al hiperespacio, y se deslizó al suelo bajo la consola.

***

—¿Alguien más? —preguntó Sconn.

Cavv comprobó la pantalla.

—El resto de guardias está ocupado buscándonos. —El viejo ladrón sonrió—. Deben de haber supuesto que este sería el último lugar al que iríamos.

—Claro. Nadie sería tan estúpido.

Cavv ignoró ese comentario y desbloqueó la puerta blindada que conducía a las celdas. Hizo un gesto grandilocuente, señalando el estrecho pasillo.

—Después de usted.

Sconn empujó a su tío delante de él sin ningún tipo de ceremonia.

—La edad antes que la belleza. Cubre el lado derecho. Yo me encargo del izquierdo.

***

—¡Sabacc! —exclamó Cavv.

Estaba en la última celda de su lado cuando los encontró: Media docena de soldados de la República que se habían visto involuntariamente atrapados por el *Guardián* cuando salieron del hiperespacio. Eran un grupo revuelto, y tardaron en confiar en Cavv hasta que sus frases en código y sus breves anécdotas les convencieron de que no era ningún imperial.

—¿Ha habido suerte por ahí? —preguntó Cavv.

Sconn se asomó a la siguiente cámara. Una única prisionera estaba allí sentada, vestida con un traje de vuelo manchado de hollín. Sconn se quedó sin aliento. Antes de

que su mente alcanzase a su cuerpo, una mano golpeó el panel de control. La puerta se deslizó, cerrándose tras él, que entró a trompicones en la celda.

La hermosa mujer de cabello oscuro alzó la vista confusa y Sconn se encontró mirando un rostro que nunca había imaginado volver a ver.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó.

—Estoy prisionera —respondió la mujer, entornando los ojos—. ¿Qué *crees* que estoy haciendo aquí?

Sconn tiró teatralmente de su casco, esperando quitárselo con una gran floritura. Ni siquiera se movió.

—¿Por qué tardas tanto, sobrino? —dijo Cavv, entrando en la celda sin casco. Abrió los ojos como platos al ver a la mujer.

—¡Cavv! —exclamó ella, corriendo para abrazarle. La chica liberó a Cavv del abrazo y se volvió justo cuando Sconn conseguía quitarse su obstinado casco.

Sus ojos se encontraron y quedaron inmóviles. El tiempo detuvo su aliento.

Sconn fue el primero en hablar, en voz baja pero cargada con todo un espectro de emociones.

—Shandria.

Ella abrió la boca, pero antes de poder hablar el resto de prisioneros entró en masa en la celda para saludar a su vieja camarada. Sconn retrocedió de espaldas hacia la puerta, aunque sus ojos quedaron fijos en Shandria durante un momento más. Entonces apartó la mirada del reencuentro y salió solo al pasillo vacío.

***

—Tengo una idea, pero es un poco arriesgada. —Cavv alzó la vista de la consola de seguridad, haciendo una pausa para permitir a Sconn uno de sus obligatorios comentarios despectivos, pero no hubo ninguno. El ladrón más joven estaba de pie en silencio contra la pared, con la mirada perdida en el espacio.

—Cualquier cosa es mejor que seguir aquí cautivos —dijo Shandria. Un rumor de asentimiento recorrió los prisioneros reunidos.

—Este es el plan —dijo Cavv—. Mi sobrino y yo nos aventuraremos a la sala de ingeniería del *Guardián* e intentaremos obtener el control manual de los sistemas de hiperimpulsión. Con suerte, eso nos permitirá programar un salto rápido a espacio amigo sin tener que tomar la cubierta de mando.

Sconn permaneció en silencio mientras Cavv recitaba los detalles, sin ofrecer el menor comentario.

Cuando hubo terminado, Shandria comenzó a repartir blásters a su grupo. Cavv y Sconn se prepararon para volver a hacerse pasar por soldados de asalto.

Conforme los dos grupos se separaban, Shandria y Sconn quedaron retrasados. Ambos comenzaron a hablar al unísono, y el resultado fue un galimatías ininteligible de conversaciones que empezaban y se detenían.

El ladrón alzó una mano.

—Deja que empiece yo. Hay algo que tengo que decirte.

—Sconn, yo… Han pasado tantas cosas que… Supongo que lo que intento decir es que ha pasado mucho tiempo y… No puedo hacer esto ahora. —Bajó la mirada al suelo. Su voz se convirtió en un susurro—. Lo siento.

Sconn asintió, y avanzó para unirse a su tío. Cavv estaba ocupado ajustando su comunicador a una frecuencia concreta.

—Teequis, ¿estás listo?

La voz filtrada del droide cobró vida con un chasquido.

—Afirmativo, señor. El jawa cabalga a medianoche.

—El jawa cabalga solo. —Cavv miró a su inusualmente callado sobrino—. Vamos.

—¿Sconn? —La voz de Shandria tembló ligeramente.

Él miró por encima de su hombro.

—Cuídate.

—Desde luego que lo haremos —dijo Cavv, fingiendo indignación.

***

El técnico jefe sudaba profusamente al hacer los últimos ajustes en el recién reparado hipermotor del *Guardián*. La sudoración no sólo era resultado de la difícil tarea, sino también del incesante golpeteo de la bota del almirante Drommel sobre la cubierta.

—¿Cuánto queda?

—Podemos realizar nuestro primer salto en diez minutos, señor. —El técnico usó el cuello de su mono para limpiarse un poco de grasa de la frente.

Drommel echó un vistazo a la docena de hombres que trabajaba a su alrededor, muchos de los cuales no habían dormido en 24 horas o más.

—Continúen, entonces. Tengo otros asuntos que atender. —Drommel dio media vuelta bruscamente y salió. Dos soldados de asalto que entraban en la sala se apartaron para dejarle paso.

El técnico jefe suspiró ante la nueva interrupción y amonestó a los soldados agitando los brazos cuando uno cerró la puerta de seguridad tras ellos.

—Esta es una zona restringida. No están autorizados a estar aquí.

Un disparo bláster derribó al hombre.

Sconn realizó un barrido de lado a lado con su bláster, apuntando el cañón a cada uno de los técnicos restantes.

—¿Alguien más quiere pedir que nos vayamos?

Nadie lo hizo.

Cuando se quitaron los cascos, Cavv miró horrorizado a su sobrino.

—Parece que un bantha acaba de pisarte el dedo gordo del pie —dijo Sconn, con esa familiar media sonrisa asomando en la comisura de sus labios. Bajó el tono de voz—. Tranquilo. Estaba ajustado para aturdir.

Cavv meneó la cabeza con asombro.

—¿Qué, vas a ponerte a trabajar o necesitas una invitación firmada por Mon Mothma?

—Me alegro de tenerte de vuelta —dijo Cavv, dando una palmadita en el hombro a su sobrino al pasar junto a él.

Sconn reunió a los técnicos en una esquina de la sala. Cavv buscó entre los kits de herramientas abandonados, tomó un par de hidrollaves y se acercó al control principal del hiperimpulsor con andar dubitativo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó Sconn.

—Por supuesto —dijo Cavv con una risita burlona—. No creo que sobrecargar un hipermotor sea tan difícil. —Se puso a trabajar con una hidrollave y casi al instante varias luces de un panel cercano comenzaron a parpadear con un brillante color carmesí.

—¿Qué es eso? —Sconn se inclinó para ver, manteniendo su arma apuntando a los técnicos—. ¿Algún tipo de alarma de manipulación?

—No seas tonto, sobrino. Estos sistemas no tienen alarmas. —Cavv regresó a su trabajo.

Sirenas de alarma comenzaron a aullar, obligando a todo el mundo a cubrirse los oídos por su ensordecedor clamor.

Sconn lanzó una mirada asesina a su tío y luego apuntó su bláster a los sistemas del hipermotor, intentando descubrir cuál de ellos no era importante.

—Ante la duda, pégale un tiro.

—Bien dicho —dijo una nueva voz desde detrás de Cavv y Sconn, quienes se volvieron de inmediato, con las armas preparadas. La puerta de seguridad había vuelto a abrirse. El almirante Drommel estaba de pie tranquilamente en la entrada, con las manos unidas a la espalda. Estaba rodeado por una falange de tropas de asalto y soldados de marina—. Resulta bastante irónico, ¿no creéis?

***

—*«No seas tonto, sobrino* —dijo Sconn con tono burlesco—. *Estos sistemas no tienen alarmas»*.

Cavv le lanzó una agria mirada.

Habían sido despojados de sus armaduras y armas y ahora compartían una mesa en una sala de interrogatorios. Los siguientes minutos pasaron en silencio.

Drommel entró con una floritura, seguido por dos soldados de asalto que ocuparon obedientemente sus posiciones junto a la puerta.

El almirante tomó una silla.

—He doblegado sistemas enteros, incluyendo a los lugareños de este munducho —dijo—. Ahora os doblegaré a vosotros. Así que lo mejor para vosotros será que me digáis la verdad y os ahorréis algo de dolor. ¿Qué os parece?

Ninguno de los hombres respondió.

Drommel golpeó la mesa con ambas manos, sobresaltando a Sconn. Cavv siguió mirando fijamente al almirante.

—Responderéis mi próxima pregunta o haré que mis hombres traigan cortadores láser y elijan qué extremidad os cortan. ¿He hablado con claridad?

—Desde luego —dijo Cavv.

—Muy bien. —El almirante se recostó en su asiento—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Cavv permaneció en silencio. Sconn frunció los labios.

—¿No me habéis oído?

—Le he oído —dijo Cavv—. Me dijo que respondiera a su siguiente pregunta, y creo que fue *«¿He hablado con claridad?»*, a lo que respondí afirmativamente.

—Eso no era una pregunta.

—Bueno, no puedo estar seguro de la puntuación que aparecía en su mente, pero la inflexión interrogativa estaba definitivamente presente.

Sconn observó, fascinado, cómo la vena de la frente del almirante comenzaba a bailar.

Cavv siguió tentando la suerte, osadamente.

—Así que, en efecto, respondí a su siguiente pregunta. Debería ser más cuidadoso con su exactitud semántica.

***

—Lo siento, no se permite entrar a nadie —dijo el soldado de marina alzando una mano para detener al droide plateado que avanzaba hacia él.

—Tengo órdenes del almirante Drommel en persona.

—Y yo también. El control auxiliar del hipermotor es una zona restringida, incluso para el equipo técnico.

—Estamos a punto de efectuar una prueba en el sistema del hipermotor —dijo el droide—. Mi tarea es monitorizar los resultados del experimento y confirmar las lecturas recibidas en el puente.

—¿Entonces por qué no han enviado un astromecánico?

—No me corresponde cuestionar las órdenes del almirante. —Teequis alzó un comunicador en dirección al soldado—. Contactaré con él para que pueda preguntárselo usted mismo.

El guardia colocó nerviosamente la mano sobre el dispositivo. Estaba presente en la cubierta de mando cuando fue castigada la última persona que osó molestar a Drommel.

—Eso no será necesario. Estoy seguro… uh… de que el almirante no querrá que le molesten.

Se hizo a un lado para dejar entrar a Teequis.

El soldado sabía que era imposible, pero juraría que había escuchado murmurar algo al droide de protocolo al pasar, y había sonado muy parecido a «Pastor de nerfs».

***

Drommel estaba más irritado a cada microsegundo que pasaba. El prisionero más joven no soltaba prenda, y era imposible hacer callar al mayor.

Cavv comprobó su cronómetro, reprimiendo un bostezo.

—Francamente, esta pequeña charla me ha dejado agotado, así que ya no creo que pueda serle de mucha ayuda. Tal vez podamos continuar con esto más tarde. Desde luego, me vendría bien una buena comida y una ducha sónica. Además eso le dará algo más de tiempo para que se estudie el manual de *Interrogatorios Básicos* del Alto Inquisidor Tremayne.

La voz de Drommel parecía muy distante.

—Llévenselos. A una celda. Ya.

Mientras los soldados de asalto se llevaban a los prisioneros lejos de él, Cavv obsequió al almirante con la más cálida de sus sonrisas.

—He disfrutado de esta pequeña charla, almirante. Espero que lo repitamos pronto. Aunque puede que usted quiera preparar de antemano algunas preguntas sesudas. Puedo proporcionarle una lista de lectura de material interesante si quiere. Y, oiga, no tenga miedo de mirar sus notas si… —La voz de Cavv continuó su perorata incluso mientras se lo llevaban por el pasillo.

Drommel tenía la mandíbula desencajada, y sus ojos estaban fijos en el techo.

—Almirante —dijo la voz del coronel Niovi desde la puerta. No hubo respuesta, pero él se aventuró valientemente a avanzar de todos modos—. Estamos listos para un salto de prueba al hiperespacio, señor. Todos los sistemas bajo su mando.

—Muy bien, coronel. Me uniré a usted en la cubierta de mando en unos instantes.

Niovi asintió y se retiró rápidamente de la sala mientras dentro resonaba el reconocible sonido de unos muebles siendo gravemente maltratados.

***

La procesión que conducía a Sconn y Cavv a las celdas de detención ganó de pronto otro miembro.

—Por aquí —ordenó la atractiva comandante que guardaba un asombroso parecido con Shandria—. El bloque 220 es donde encerramos a la escoria rebelde.

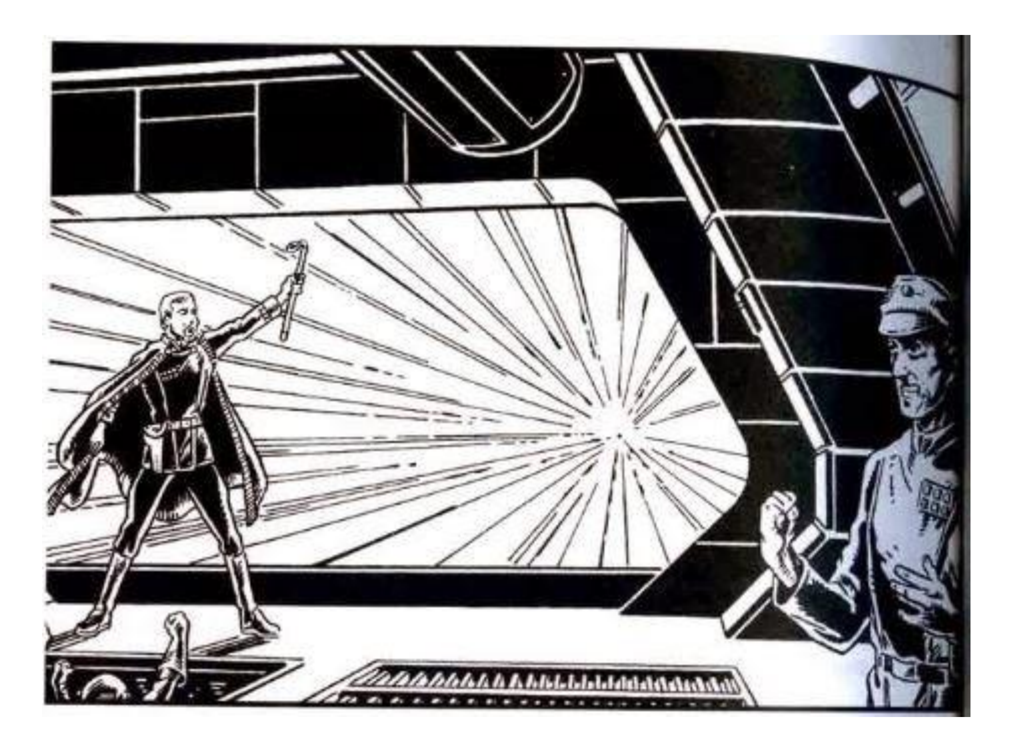
***

—Todos los sistemas nominales, señor —informó Niovi—. Prueba de velocidad luz a su orden.

Drommel asintió con una fina sonrisa. Ni siquiera las bufonadas de esos estúpidos intrusos podrían estropear ese momento.

—A mi señal.

Toda la cubierta de mando quedó en silencio mientras Drommel comenzaba la cuenta atrás.



—Tres. Dos. Uno. —Alzó una mano enguantada y la cerró en un puño mientras gritaba victorioso—. ¡Ahora!

Hubo un empujón de aceleración palpable y la tripulación mantuvo el aliento al unísono. La monstruosa nave se estremeció mientras las ventanillas mostraban un haz de líneas estelares, y luego un torbellino azul.

Y entonces el proceso se invirtió cuando la nave salió de nuevo del hiperespacio. Las estrellas habían cambiado, y el planeta Soullex ya no era visible, lo que provocó improvisados vítores de la tripulación. Drommel estaba radiante, deleitándose en su triunfo.

Entonces la gran nave tembló de pronto bajo sus pies, haciendo que varios oficiales se desplomaran sobre la cubierta.

—¡Informe! —El almirante se agarró a una consola cercana para mantener el equilibrio.

—¡Estamos siendo atacados, señor! Las coordenadas para nuestro salto de prueba han sido alteradas. Alguien debe de haber sorteado el ordenador de navegación. —Las manos del coronel Niovi volaban por la consola, mostrando más información táctica—. Los sensores detectan un Crucero Estelar de la Nueva República, dos corvetas y una fragata de escolta. ¡Están cargando las baterías iónicas!

—Intensifiquen todos los escudos —rugió Drommel—. ¡Lancen todas las alas de cazas!

Otra andanada de cañones iónicos sacudió al *Guardián* y una extraña voz filtrada crepitó por el comunicador de la nave.

—Atención, Súper Destructor Estelar. Les habla el Capitán Volahn del crucero *Equidad* de la Nueva República. Desactiven sus armas y ríndanse de inmediato.

Todos los ojos se centraron en Drommel.

—Incluso en nuestro estado actual somos demasiado rival para esa lamentable flota —dijo con una mueca—. ¿Y osan pedir que nos rindamos? ¡Grabaremos nuestra respuesta a fuego sobre sus cascos!

—Esa es siempre su respuesta a todo, ¿no, Drommel?

El almirante giró hacia el sonido de la voz del fastidioso viejo. Los intrusos entraron en tromba en la cubierta de mando.

—¡Vosotros!

Cavv y Sconn iban en cabeza. Shandria estaba justo detrás, dirigiendo al resto de prisioneros de la República para que se abrieran en abanico buscando cobertura.

Los oficiales imperiales y los soldados de marina sacaron sus armas y también tomaron cobertura detrás de sus estaciones de trabajo. Se encontraban en situación de tablas.

Drommel permaneció al descubierto, de pie en lo alto de su pasarela de mando con los puños apretados de rabia.

—Estúpidos. Nunca saldréis de aquí con vida.

—Ahí es donde se equivoca, almirante —dijo Cavv, saliendo de su cobertura y uniéndose a Drommel en el espacio abierto—. Todo el mundo puede salir sano y salvo de esta situación si usted hace lo más inteligente y se rinde. —Cavv echó un vistazo a la tripulación imperial—. No voy a molestarme en ofrecerles elaborados discursos acerca de la libertad, el honor o el valor. Ni siquiera voy a mentirles y prometerles una amnistía total, pero una resolución pacífica ayudaría a sus posibilidades.

—Ya basta —rugió Drommel—. ¡Matadlos a todos!

La tensión en la cubierta de mando era electrizante. Ambos bandos apuntaron.

Sconn comenzó a hablar.

—Un sabio me dijo una vez: *Un buen guerrero sabe cuándo debería comenzar una batalla, pero un gran guerrero sabe cuándo debe terminar.*

El silencio volvió a caer sobre la cubierta de mando. Uno a uno, los imperiales bajaron sus armas.

Drommel lanzó un grito ahogado de rabia y frustración. De pronto, apareció un bláster en su mano enguantada y apuntó con él a Cavv. El ladrón se estremeció y cerró los ojos, seguro de que él y el almirante estaban a punto de quedar atrapados en el fuego cruzado cuando ambos lados comenzasen a disparar. Escuchó el primer disparo, pero en lugar de sentir plasma supercalentado quemando su pecho, escuchó un cuerpo cayendo sobre la cubierta.

Cavv abrió los ojos y pasó su sorprendida mirada del cuerpo caído del almirante Drommel, al arma que sostenía en sus manos el coronel Niovi.

—Como comandante en funciones del *Guardián*, rindo oficialmente la nave y todo su contenido a la benevolente soberanía de la Nueva República.

***

—Bueno, no sé cómo lo hicimos, pero lo logramos —dijo Sconn, alzando su bebida.

Tres copas de buen choholl cassandrano chocaron en un sonoro brindis.

Cavv tomó un largo sorbo y suspiró satisfecho.

—Ahora que estoy retirado, supongo que tomarás el mando de la UAE.

—Ni lo sueñes, tío. Mi renuncia ya está en la mesa del general Cracken.

—Sabía que te unirías a nosotros antes o después, aunque sólo fuera para una sola misión. —Shandria le sonrió—. Me gustó especialmente tu proverbio. Muy elocuente.

—Debería serlo. Yo fui quien se lo enseñó —dijo Cavv. Advirtió el modo en el que Sconn y Shandria se miraban mutuamente y se puso en pie con una ligera sonrisa—. El postre ya debería estar listo. Creo que iré a comprobarlo. —Cavv desapareció en la cocina.

Shandria echó otra mirada evaluadora al apartamento.

—Tu gusto ha mejorado, Sconn.

—Con los créditos suficientes, puedes conseguir cualquier cosa. Bueno, casi cualquiera. —Sconn se quedó mirando su copa—. Aquí siempre ha faltado algo. Durante demasiado tiempo.

Sus ojos finalmente se encontraron.

—¿Es una simple lamentación, o una pregunta velada?

—Ambas cosas. —Sconn respiró profundamente—. Te quiero.

—Lo sabe.

Sconn y Shandria se giraron a la vez para mirar a Cavv, que asomaba desde la cocina. Se llevó la mano a los labios, que se habían retorcido en una sonrisa avergonzada.

—Lo siento.

Shandria sonrió, posando su mano sobre la de Sconn, y dijo:

—Te he echado de menos.

Cavv sonrió radiante.

—Hay un viejo dicho acerca del amor verdadero.

—¿Qué? —preguntaron Sconn y Shandria al unísono.

Cavv abrió la boca para responder, y luego la cerró.

—¿Sabéis? No me acuerdo. Nunca nadie me ha dejado terminar de decirlo.